

ENSAYO

Los Economistas y la Igualdad*

George J. Stigler

Los economistas como clase se han opuesto siempre tanto a la desigualdad como a la igualdad de ingresos. Sin embargo, una síntesis así no revela el principal cambio de actitud ocurrido durante la última generación. De Smith a Marshall, uno de los objetivos de una buena política social, aunque de los menos importantes, fue una mayor igualdad de ingresos. Inclusive John Stuart Mill, un evangelista a quien el bondadoso destino concedió un padre lógico, prefería el capitalismo al comunismo, a pesar de estar de acuerdo con todas las exigencias de los comunistas y atribuir grotescas deficiencias al capitalismo. La relativa poca importancia que tenía la distribución de los ingresos para los economistas clásicos la demuestra simplemente, quizás, en forma más elocuente y sin duda eficaz, el hecho de que no consideraban el tema.

Ultimamente se ha fortalecido el deseo de una mayor igualdad. Cada política es examinada en cuanto a sus efectos en la distribución del ingreso, y los resultados de este examen son de gran importancia en la decisión final sobre la conveniencia de dicha política. En efecto, una cantidad cada vez mayor de economistas sostiene implícitamente que no existe ninguna otra injusticia tan grande como la de las grandes diferencias de ingresos.

* Conferencia pronunciada en el London School of Economics and Political Science. Publicada en George J. Stigler, *Five Lectures on Economic Problems*, The Macmillan Company, New York, 1950. Traducida y publicada con la debida autorización.

** George J. Stigler ha sido profesor de Economía en Columbia y Chicago, donde enseña actualmente. Entre sus libros cabe mencionar *The Theory of Price, Essays in the History of Economics, the Citizen and the State*. Obtuvo el Premio Nobel de Economía de 1982.

No propongo investigar los orígenes de este cambio de actitud, que se encuentran casi por entero fuera de la economía. En primer lugar, me gustaría más bien analizar las razones por las cuales los economistas clásicos no consideraban la igualdad. Más adelante analizaré brevemente la actitud contemporánea y, por último, discutiré las implicancias modernas de la posición clásica.

I La Economía Clásica

En la economía clásica hay un poderoso argumento que se opone a que se asigne a la mayor igualdad de ingresos un rol fundamental en la ética social. Este consiste esencialmente en que es necesario el respeto a la propiedad privada para hacer que los hombres trabajen y ahorren. Dicho argumento no era una defensa dogmática de la institución existente de la propiedad privada. Adam Smith estableció que "la propiedad que todo hombre posee con respecto a su propio trabajo... es la más sagrada e inviolable", de manera que los reglamentos que exigían un largo aprendizaje constituían una violación al derecho de propiedad¹. Mili estuvo de acuerdo con esta posición, como es de esperarse²; es más interesante observar que un conservador tan sólido como McCulloch también haría lo mismo.

Pero no debe creerse que la seguridad de la propiedad es violada sólo cuando se priva al hombre del poder de gozar tranquilamente de los frutos de su industria; también es violada, y quizás en una forma aún más injustificada, cuando se le impide usar los poderes inherentes a él por naturaleza, en cualquier forma, no perjudiciales para los demás, y que considera muy beneficiosos para sí mismo³.

McCulloch, en consecuencia, catalogó los monopolios como una violación a la propiedad privada.

Pero, ¿por qué alentar a los hombres a trabajar y ahorrar? La respuesta usual es: para maximizar la producción. Sin embargo, la máxima producción es una aproximación al objetivo, pero no el objetivo final, y no tiene prioridad lógica sobre la mayor igualdad del ingreso. Podríamos defender el objetivo de máxima produciendo argumentando que el objetivo utilitarista final es la máxima satisfacción, y que una mayor producción llevará a mayores incrementos de satisfacción que una mayor igualdad.

¹ *Wealth of Nations* ("Riqueza de las Naciones"), Modern Library, pp. 121-2.

² *Principles of Political Economy* ("Principios de la Economía Política"), edición Ashley, p. 115.

³ *Principles of Political Economy* ("Principios de la Economía Política"), 4ª edición, 1849, p. 83.

Esta interpretación es verosímil, pero creo que está errada. La mayoría de los economistas clásicos importantes explícitamente descartaron la máxima satisfacción como un objetivo, y ninguno, salvo Bentham, la adoptó de manera explícita⁴: simplemente no atribuyeron mucha importancia a la máxima producción. Esto parece herético, pero pienso que puede ser documentado.

Adam Smith estaba convencido de que la utilidad de la cual disfrutaba un hombre era independiente de la renta que poseía. Habla largamente de la "absoluta certeza con que todos los hombres, tarde o temprano, se acomodan a cualquiera sea su situación permanente... ; que, entre una situación permanente y otra no hay, con respecto a la verdadera felicidad, ninguna diferencia fundamental..."⁵. Este punto de vista está explicado en detalle a través de su parábola "del hijo del hombre pobre, a quien el cielo en su ira había visitado con la ambición":

"Encuentra que la cabaña de su padre es demasiado pequeña para hospedarse, e imagina que un palacio sería más apto para alojarse con toda comodidad. Está molesto por tener que caminar... Opina que un numeroso séquito de criados le evitará muchas dificultades... se dedica para siempre a buscar riqueza y grandeza... Durante el primer año se somete, a partir del primer mes, a mayor fatiga corporal y mayor preocupación mental que las que podría haber padecido durante toda la vida por la privación de ellas... Durante toda su vida persigue la idea de un cierto reposo artificial y elegante que jamás alcanzará, para la cual sacrifica la verdadera tranquilidad que está siempre a su alcance, y que, si al término de la vejez por fin consiguiera, encontraría que en ningún aspecto es preferible a aquella humilde seguridad y felicidad que abandonó por ella. Es entonces, en las últimas escorias de la vida, con su cuerpo desgastado por el trabajo pesado y las enfermedades, su mente hostigada e irritada por el trabajo pesado y las enfermedades, por el recuerdo de miles de heridas y desilusiones que él cree haber encontrado por la injusticia de sus enemigos, o por la perfidia e ingratitud de sus amigos, cuando finalmente comienza a descubrir que la riqueza y la grandeza son meras baratijas de frívola utilidad..."⁶.

⁴ E incluso el utilitarismo formalista de Bentham a veces cedió: calificó su doctrina drásticamente al decir que "El placer de adquirir, no la satisfacción de poseer, es lo que produce un mayor deleite", *The Theory of Legislation* ("Teoría de la legislación"), edición Ogden, p. 105. También creía que la propiedad privada no se extendía al monopolio (*ibid.*, pp. 123, 140).

⁵ *The Theory of Moral Sentiments* ("Teoría de los sentimientos morales"), Boston: Wells & Lilly, 1817, parte III, cap. III, p. 195.

⁶ *Ibid.*, parte IV, cap. I, pp. 244-5.

El Adam Smith de la **Riqueza de las Naciones** no abandonó este punto de vista, aunque lo expresó con menos melodrama. Su proposición de la desutilidad del trabajo como una verdadera medida de valor en el tiempo es un corolario de esta posición. La utilidad es independiente del ingreso, por lo que Smith no podía emplear el concepto de conjuntos de bienes que producen igual satisfacción —el instrumento del teórico moderno del índice numérico— para medir los cambios en el ingreso real. La desutilidad del trabajo parecía tener un significado más duradero y estable: la hora de trabajo pesado era tan fastidiosa en 1400 como en 1776.

Esta opinión de la utilidad del ingreso como un factor dependiente solamente de los ingresos de otras épocas y de otras personas explica gran parte de la falta de atención prestada a la utilidad en la economía clásica. Sénior alcanzó y estableció la ley de la utilidad marginal decreciente, sólo para descartarla:

"... el deseo de distinción... si consideramos su universalidad y su constancia, que afecta a todos los hombres y en todas las épocas, que nos acompaña desde la cuna, que jamás nos abandona hasta la muerte, puede considerarse como la pasión humana más fuerte.

La fuente más obvia de distinción es la posesión de riqueza superior. Es la única que los hombres se sienten capaces de alcanzar. Parecer más rico o, dicho con una expresión más corriente, dar una mejor imagen es, para todos los hombres ajenos al temor de la verdadera privación, el principio de conducta imperante. Para lograr este objetivo se someten a un trabajo que ningún padecimiento o placer dirigido de los sentidos los haría aceptar; al que ningún esclavo haría azotado o sobornado"⁷.

Mili siguió la tradición:

No sé por qué debería ser un motivo de felicitación que las personas que ya son más ricas de lo que cualquiera necesita ser hayan tenido que duplicar sus medios para consumir cosas que dan poco o ningún placer, salvo como representativos de riqueza; o que cantidades de individuos pasen, cada año, de la clase media a una clase más rica, o de la clase de los ricos ocupados a la de los ricos ociosos. Sólo en los países subdesarrollados del mundo el aumento de la producción sigue siendo un objetivo importante.. A

¿Por qué, entonces, los economistas clásicos mostraron un interés tan grande y constante por las políticas que maximizan

⁷ *Political Economy* ("Economía Política"), p. 12.

⁸ *Principles* ("Principios"), p. 749.

la producción? Lo que les interesaba era la maximización y no la producción. La lucha del hombre por mayores ingresos era buena, ya que, en el proceso, aprendía a ser independiente, a tener confianza en sí mismo y autodisciplina, porque, en definitiva, se convertía en un mejor hombre. Es sabido que Smith no era un admirador incondicional de la división del trabajo, ese móvil fundamental del proceso económico:

"En el desarrollo de la división del trabajo, la ocupación de gran parte de aquellos que viven del trabajo, es decir, de la gran masa de la gente, viene a limitarse a pocas operaciones muy simples, frecuentemente una o dos. Pero los conocimientos de la mayoría de los hombres necesariamente están formados por su trabajo habitual. El hombre cuya vida transcurre realizando pocas operaciones sencillas, cuyos efectos son también, quizás, siempre los mismos, o casi los mismos, no tiene oportunidad para hacer uso de su razón, o para emplear su ingenio descubriendo los recursos para eliminar dificultades que nunca se presentan. Por lo tanto, pierde naturalmente el hábito de dicho ejercicio, y, por lo general, se torna tan estúpido e ignorante como una criatura humana puede volverse. El adormecimiento de su mente lo hace no sólo incapaz de disfrutar o de participar en cualquier conversación racional, sino también de concebir cualquier sentimiento generoso, noble o tierno, y, por ende, de formarse cualquier opinión justa referente a muchas de las obligaciones, incluso, más comunes de la vida privada"⁹.

Y así, para evitar una sociedad poblada de individuos con espíritu "mutilado y deforme", propuso la educación obligatoria.

El deseo de hombres mejores, más que de rentas nacionales superiores, fue un tema importante de la economía clásica. Lo encontramos en Sénior y Mili, y, en efecto, éste es el motivo por el cual Mili rechazó el comunismo¹⁰. Explica conceptos tales como el consumo productivo, que es contradictorio en sí mismo en la lógica utilitarista, y explica el amor del economista (urbano) por la vida rural y un campesinado independiente.

El asunto se hizo más explícito en la obra de Alfred Marshall. Sobresale en su exposición de la utilidad, la distribución, los méritos comparativos de las formas de organización, y así sucesivamente. Con respecto a la educación, señaló que no sólo

⁹ *Wealth of Nations* ("Riqueza de las Naciones"), p. 749.

¹⁰ Sénior, *Political Economy* ("Economía Política"), p. 55; Mill, *Principles* ("Principios"), pp. 210-11, capítulo relacionado con los propietarios campesinos (parte II, cap. VI), pp. 149-50, capítulo en torno al futuro probable de las clases trabajadoras (parte IV, cap. VII).

mejoraría el rendimiento del trabajador común, sino que también, "considerada como un fin en sí misma, no es inferior a nada de aquello que puede ayudar a alcanzar la producción de riqueza material"¹¹.

Y recordemos el comentario sobre la igualdad: "Cualquier disminución de [las desigualdades de riqueza], que puede lograrse mediante recursos que no debilitarán las fuentes de la libre iniciativa y la fortaleza de carácter, y que, por lo tanto, no detuvieran materialmente el crecimiento del producto nacional, parecería ser un claro logro social"¹².

Para no atribuir esta filosofía sólo a los economistas, quienes tal vez se preocuparon excesivamente de las virtudes del empresario independiente, sería conveniente reproducir la lúcida defensa de De Tocqueville:

"El principio del interés propio debidamente entendido no es descollante, pero es claro y seguro. No pretende objetivos poderosos, pero alcanza sin excesivo esfuerzo todos aquellos que se propone lograr. En vista de que está al alcance de todas las capacidades, todos pueden aprenderlo y retenerlo sin dificultad. Por su admirable conformidad con las debilidades humanas obtiene fácilmente un gran dominio; y ese dominio tampoco es precario, ya que el principio contrarresta un interés personal con otro, y emplea, para dirigir las pasiones, el mismísimo instrumento que las provoca. El principio de interés propio debidamente entendido no produce grandes actos de renunciamento, pero sugiere pequeños actos cotidianos de abnegación. No basta por sí mismo para convertir a un hombre en virtuoso; pero disciplina a una cantidad de personas en hábitos de regularidad, temperancia, moderación, prudencia y orden; y si no conduce a los hombres directamente hacia la virtud mediante la voluntad, los lleva gradualmente en esa dirección a través de sus hábitos. Si el principio de interés propio hiciera vacilar a todo el mundo moral, las virtudes extraordinarias ciertamente serían más escasas, pero pienso que la corrupción total también sería menos común. El principio del interés debidamente entendido quizás previene a los hombres elevarse muy por encima del nivel de la humanidad, pero un gran número de otros hombres, que caía muy por debajo de él, es atrapado y limitado por él. Observemos

¹¹ *Principles* (Principios"), p. 211; véase también *Memorials* ("Memorias"), p. 288.

¹² *Ibid.*, p. 714. Con respecto a todo el tema de la posición ética de Marshall, véase *The Structure of Social Action* ("Estructura de la acción social"), cap. IV, de Talcott Parsons.

a unos pocos individuos: son disminuidos por él; observemos a la humanidad: él la eleva.

No temo decir que el principio del interés propio debidamente entendido me parece el más adecuado de todas las teorías filosóficas para las necesidades de los hombres de nuestra época, y que lo considero como la principal defensa aún existente contra ellos mismos. Por lo tanto, las mentes de los moralistas de nuestra época deberían apuntar hacia él; aun cuando lo consideraran incompleto, debe, sin embargo, adoptarse como necesario"¹³.

II La Economía Moderna

El economista moderno justifica la mayor urgencia de su afán por una mayor igualdad de ingresos con un argumento de una o más de tres líneas. El más antiguo es el utilitarista: como consecuencia de la utilidad marginal decreciente de los ingresos, un ingreso agregado dado produce más satisfacción cuando se lo distribuye equitativamente. El más reciente es el keynesiano: mientras más pareja sea la distribución de los ingresos, mayor será el nivel de producción y empleo. Lo importante es que todos desean una mayor igualdad.

El argumento de la utilidad me parece errado precisamente por la razón que Adam Smith dio: la utilidad de los ingresos depende enteramente de nuestros ingresos en el pasado, y de los ingresos de nuestros vecinos. Debería agregar que esta posición no nos permite hacer comentarios cínicos sobre automóviles, somnieres o servicios médicos. Después de todo, la memoria es una parte de extravagante importancia en el ser humano.

Aunque se rechace esta psicología de aficionado, es obvio que el argumento de la utilidad para una mayor igualdad no tiene ninguna importancia. El hecho de que la corriente dominante del análisis económico moderno niegue la mensurabilidad de la utilidad o la significación de las comparaciones de la utilidad entre personas sólo es una objeción secundaria. La objeción decisiva consiste en que el argumento de la utilidad requiere la suposición —enteramente cuestionable— de que los mayores valores de las curvas de utilidad marginal están negativamente relacionados con el ingreso. En resumen, el argumento de la utilidad es una versión sofisticada de la exigencia directa de igualdad. Pero si la exigencia directa es humanitaria, el argumento pseudocientífico es ofuscador.

Según el argumento keynesiano, con una distribución más pareja de los ingresos, se consume una mayor proporción de un ingreso determinado y, por consiguiente, debido a la exis-

¹³ *Democracy in America* ("La democracia en América"), Knopf, 1945, II, 122-3.

tencia de oportunidades limitadas de inversión, mayor será el ingreso de la sociedad. Personalmente encuentro difícil creer que esta teoría haya llevado a alguien a adoptar la igualdad como un objetivo. El argumento también se aplica a los "booms": por lógica paralela se transforma en un argumento en pro de una mayor desigualdad de ingresos cuando se prevén inmensos programas de inversión de capital y déficit gubernamentales. Sin embargo, aún no he encontrado a un keynesiano que alegue por una mayor desigualdad en estas condiciones. La teoría de Keynes tampoco prueba, ni siquiera en apariencia, de que una mayor igualdad llevará a una mayor producción; esto resulta sólo si la producción por trabajador no disminuye materialmente con una mayor igualdad. Parece que el argumento keynesiano para la igualdad congracia a sus seguidores con su sistema más que con la igualdad.

Sin embargo, incluso, si esto fuera cierto no afecta a la validez del mecanismo keynesiano o a sus estimaciones de las formas empíricas de las funciones económicas fundamentales. Es muy difícil extenderse aquí en una investigación completa de estos grandes temas, y me limitaré a una opinión adversa. La baja estimación de Keynes con respecto a las posibilidades de inversión es ya evidentemente irreal para el mundo no americano, y no creo que lo sea menos en la situación americana. De todos los economistas, Lord Keynes fue el más sensible a las condiciones del futuro próximo: fue un contador Geiger de los futuros titulares. Esta fue una facultad sumamente extraordinaria, y puede tener extraordinarias consecuencias para sus teorías.

El tercer argumento de peso para una mayor igualdad es que simplemente ésta es buena, con el que concuerdo por las razones de los economistas clásicos.

III Implicaciones de la Posición Clásica

Si sólo fuera cuestión de escoger entre el objetivo clásico del mejoramiento del individuo y los objetivos modernos de mayor igualdad, producción máxima, pleno empleo, etc., la exposición debería detenerse en este punto. Cada persona elegiría por sí misma, y el asunto terminaría ahí. Pero este no es el caso.

Los objetivos modernos están más en la naturaleza de los medios que de los fines. Su gran multiplicidad indica lo siguiente: si la igualdad y la producción máxima fueran objetivos finales e independientes, por ejemplo, sería casi imposible enfrascarse en discusiones razonables en política. El amante de la igualdad desecharía cualquier política adversa a su meta; el amante de la producción máxima actuaría en forma similar; y no existiría ninguna base para un acuerdo entre ellos. Ningún individuo que pretenda alcanzar ambos objetivos sabría

cómo compatibilizarlos si, como casi siempre sucede, una política determinada no fuera igualmente apta para alcanzar ambos objetivos. De una manera implícita, este individuo debe ser capaz de estimar la importancia relativa de diversos objetivos —determinar si un gran paso hacia la igualdad compensa una gran o pequeña disminución de la producción—. En otras palabras, debe tener algún objetivo más fundamental.

El objetivo clásico es ambiguo, en efecto, deliberadamente ambiguo. Hace hincapié en la absoluta primacía de la integridad del individuo, pero sus seguidores reconocen la gran influencia que la forma de la organización social ejerce sobre sus miembros. No hay y no puede haber un acuerdo con respecto al carácter preciso del hombre que buscamos (aunque existe amplio consenso en relación a las características que deseamos evitar), y no estamos seguros sobre los efectos precisos de un tipo determinado de sociedad en sus miembros. Pero estamos convencidos de que un sistema económico no nos ayudará a movernos en la dirección correcta a menos que garantice tanta oportunidad como responsabilidad al individuo: la misma incertidumbre de nuestros objetivos éticos finales impone un gran campo de autodeterminación individual. No somos capaces de proporcionar un esquema de la vida ideal, pero estamos convencidos de que aun cuando se le conociera, sólo sería ideal para la persona que lo aceptara individual, intencional y voluntariamente. Sin embargo, no es necesario saber qué es lo óptimo; basta con saber qué es mejor.

Podemos preferir otro objetivo, quizás el desarrollo de la sociedad separadamente de sus miembros. Pero ya sea que busquemos fortalecer al individuo, la sociedad, o algo más, ciertamente se requiere un objetivo final. Aproximaciones tales como una mayor igualdad y la máxima producción no bastan para distinguir políticas que conducen a tipos muy diferentes de sociedad, y, por ende, son insuficientes para distinguir las políticas buenas de las malas. Sin embargo, estas aproximaciones primitivas se han usado, y deseo dedicar el resto de mi tiempo a examinar los errores y los énfasis equivocados resultantes del uso que le han dado los economistas que aceptan el objetivo liberal.

Consideremos primero el objetivo de la producción máxima. El objetivo liberal realmente sugiere que es conveniente aumentar la producción, pues las ganancias de un individuo no son necesariamente las pérdidas de otro, pero para la mayoría de los efectos esto equivale a maximizar la producción, y, por consiguiente, la producción máxima es una buena aproximación al objetivo. Pero debe tenerse presente su naturaleza aproximada. Se ha usado para justificar los ataques a los monopolios privados, ya que éstos ocasionan una asignación inadecuada de los recursos y, por lo tanto, reducen el producto nacional. A

menudo, se ha propuesto nacionalizar dichos monopolios para evitar esta distribución desacertada de los recursos. Esta proposición es verdaderamente aplicable sólo si deseamos maximizar la producción; es menos atractiva a la luz del objetivo liberal fundamental. Un monopolio también es malo porque restringe el campo de acción dentro del cual los individuos excluidos de él pueden ejercer sus talentos y sus ambiciones, y porque genera una desigualdad de la riqueza que indirectamente crea otra generación de personas privilegiadas. Si el monopolio se transfiriere a la propiedad pública, un monopolista sucede a otro. Desde esta perspectiva debe apoyarse una política de desconcentración aún si acarrea sustanciales desventajas de pequeño tamaño, como siempre se afirma y nunca se demuestra.

Nuevamente, la restricción de oportunidades educacionales es frecuentemente medida por los ingresos que en las profesiones superiores exceden a los montos necesarios para reembolsar el costo de capacitación, y está implícito que se alcanzará el objetivo cuando los excesos en los sueldos justos compensen los costos adicionales. Esta posición es correcta si deseamos maximizar la producción y, en todo caso, es un objetivo inmediato muy útil. Pero seguramente esta regla proporciona un límite inferior en la cantidad ideal de educación si volvemos al objetivo liberal. El proporcionar una mayor educación dependerá de los efectos que tenga el financiamiento de programas mayores en quienes asumen los costos. Si estos efectos fueran insignificantes, diría que la educación debería extenderse hasta el punto en que lo que aprende una persona en la escuela no supera a lo que aprenderá en el trabajo.

Consideremos ahora el objetivo de mayor igualdad. El objetivo liberal es inalcanzable en presencia de grandes y permanentes desigualdades, y también es inalcanzable en el caso de una igualdad permanente. De acuerdo a la filosofía liberal, es preciso que todos los competidores comiencen la carrera en el mismo punto, pero es funesto exigir que lleguen simultáneamente a la meta. Sólo existe un recurso para reconciliar estos ideales: el tiempo. Y una sociedad debería emplear el tiempo profusamente, ya que es lo único que posee en cantidad muy superior a sus miembros.

Sin embargo, incluso en este difícil terreno, el objetivo liberal es más esclarecedor que el objetivo próximo de mayor igualdad de ingresos. Sugiere que tratemos más bien que los competidores partan del mismo punto, en vez de reducir sus diferencias cada doce meses. La política que consiste en ignorar las desigualdades de recursos y en luchar vigorosamente contra las desigualdades de ingresos es un subsidio sin sentido a los psiquiatras. Deberíamos preocuparnos más de la propiedad de los recursos que conduce a las grandes diferencias de ingresos. Deberíamos tratar de igualar los ingresos de los trabajadores

extendiendo los sistemas educacionales, mejorando la movilidad de la mano de obra, eliminando los monopolios laborales, prestando asistencia médica a los niños pobres y otros. Deberíamos tratar de hacer más parejas (y menores) las rentas provenientes de la propiedad, eliminando el monopolio y estableciendo altos impuestos de herencia.

O, nuevamente, consideremos el racionamiento. En la filosofía liberal existe una antítesis importante entre la igualdad e identidad: es de la esencia de una sociedad buena el permitir a los individuos comportarse como lo desean siempre que sufran las principales consecuencias de sus acciones¹⁴. El hecho de que a los individuos se les constriña a cantidades iguales de un surtido pequeño de bienes constituye un obstáculo indebido a la inocente y deseable diversidad.

El racionamiento específico, dado un suministro insuficiente de insulina, tendría sentido en una sociedad de enfermos de diabetes, ya que no existe una verdadera libertad de elección dado un racionamiento general de ingresos. El sistema de precios, por su gran sutileza y selectividad, no puede determinar quiénes deben morir. Pero a pesar de que actualmente hay muchos argumentos en el sentido contrario, rehuso a creer que los diabéticos constituyen el prototipo del problema económico.

La máxima producción y la mayor igualdad se encuentran en la misma situación como objetivos aproximados, y ninguna tiene contenido salvo como parte de un sistema filosófico¹⁵. Ricardo puede ser tan censurado por su preocupación por la máxima producción como algunos economistas modernos por su preocupación por la igualdad. Y, sin embargo, la máxima producción tiene una sabiduría política que no tiene la mayor igualdad. Dejaré que De Tocqueville explique por qué:

"El odio que los hombres sienten por los privilegios aumenta a medida que los privilegios disminuyen y son menos considerables, de manera que las pasiones democráticas parecerían arder con más ferocidad justo cuando tienen menos combustible ... Cuando todas las condiciones son desiguales, ninguna desigualdad es tan grande como para ofender la mirada, mientras que la disimilitud más insignificante es detestable en medio de una uniformidad general; mientras más completa sea esta uniformidad, más insoportable a la vista se torna dicha diferencia. Por lo tanto, es natural que el amor por la igualdad

¹⁴ "Ninguna sociedad en que la excentricidad sea motivo de censura puede estar sana", Mill, *Principles* ("Principios"), p. 211.

¹⁵ A mi juicio, el pleno empleo no tiene status ni siquiera como un objetivo aproximado: no contiene nada bueno que ya no esté implícito en la máxima producción y la mayor igualdad y sus implicaciones adicionales son objetables.

aumente constantemente junto con la misma igualdad, y que crezca con aquello que la alimenta.

Este eterno y enardecido odio que dispone a un pueblo democrático contra los privilegios más pequeños es peculiarmente favorable para la concentración gradual de todos los derechos políticos sólo en manos de los representantes del Estado. El soberano, que se halla necesaria e incontestablemente por encima de todos los ciudadanos, no provoca su envidia, y cada uno de ellos piensa que priva a sus semejantes de la prerrogativa que concede a la corona. El hombre de la era democrática es extremadamente reacio a obedecer a su vecino que es su semejante; rechaza aceptar la superioridad de éste; desconfía de su justicia y está celoso de su poder; le teme y lo desprecia; y le encanta recordarle constantemente la dependencia común que ambos tienen respecto del mismo amo.

Todo poder central, que sigue sus tendencias naturales, corteja y apoya el principio de igualdad; ya que la igualdad facilita, extiende y asegura en forma singular la influencia de un poder central.

De igual manera, puede decirse que todo gobierno central venera la uniformidad; la uniformidad lo libera de tener que investigar una infinidad de detalles que es necesario considerar cuando las leyes tienen que adaptarse a diferentes hombres, en lugar de someter a todos los hombres indiscriminadamente a la misma ley. De este modo, los gobiernos quieren lo que los ciudadanos quieren, y odian lo que éstos odian.

El fijar límites extensivos pero claros y definidos a la acción del gobierno; el conferir determinados derechos a particulares, y asegurarles el indisputable aprovechamiento de ellos; el permitir al individuo conservar cualquier clase de independencia, fuerza o poder original que aún posee; el ponerlo a la altura de la sociedad sin restricciones, y mantenerlo en esa posición, son, a mi juicio, los principales objetivos que han de tener los legisladores en la época que comienza.

Pareciera como si los gobernantes de nuestro tiempo trataran sólo de usar a los hombres para hacer cosas importantes; me gustaría que trataran un poco más de formar hombres grandes; que dieran menos valor al trabajo y más al trabajador; que jamás olvidaran que una nación no puede conservarse fuerte por mucho tiempo cuando cada hombre que pertenece a ella es individualmente débil; y que aún no se ha creado ninguna forma o combinación de política social para hacer un pueblo poderoso de una comunidad de ciudadanos pusilánimes y debilitados"¹⁶.

¹⁶ *Democracy in America* ("La democracia en América"), II, 259, 329.